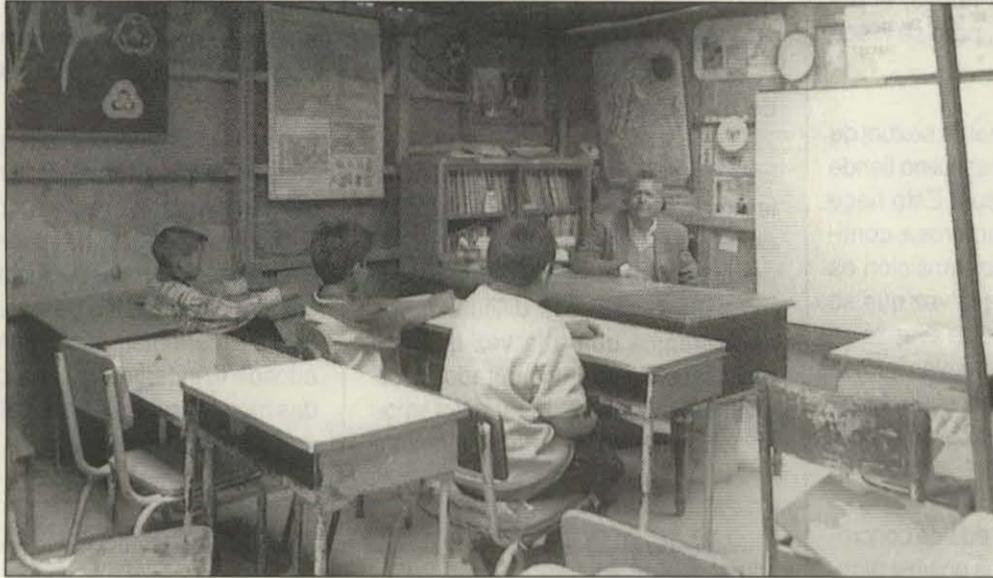


Práctica docente

El maestro como facilitador



Por Liza Viviana Pulecio Santos
Estudiante
Licenciatura en Ciencias Sociales
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
correo electrónico: lisanps@yahoo.com

Supé que debía ser una maestra cuando estaba en octavo, tenía 12 años e iba a cumplir 13. Y no fue que me hubiera dicho: -Debes ser una maestra-, sino que fue algo así como: Tengo que estudiar Filosofía o Historia. Sabía desde ya que esas actividades no tenían ningún sentido si no se hallaban ligadas al poder de la retórica. Tenía muy claro que la funcionalidad de ellas residía en ayudarle a responder las preguntas que las ciencias pueden responder por medio de su método, y no aquellas preguntas que sólo el conocimiento de sí mismo pueden satisfacer. Supé entonces que, encerradas en los libros, muchas personas no accederían a lo que en ese momento yo tenía por verdad, sentía que tenía la misión de contarles el por qué sus vidas eran lo que eran en la actualidad y sabía que aquello sólo se podía realizar desde un entendimiento histórico y desde una pregunta filosófica.

Contrario a lo que muchos novatos docentes llegan creyendo que, -todo va a ser amor y esplendor, cambiar el mundo y romper estructuras-, yo siempre tuve muy claro que sería muy difícil, porque veía los esfuerzos de mis maestros y porque sabía que

enseñarle a personas que tuvieran la edad que yo tenía en ese momento era realmente complejo, no nos interesaba nada que no estuviera directamente implicado con nuestras vidas, o con lo que pareciera sacarnos de cualquier estereotipo, estábamos buscándonos a nosotros mismos, lejos de la pertenencia, es decir, lejos de la uniformidad, pero no solos ni aislados. Sin embargo, sabía que buscábamos respuestas claras y contundentes. En medio de la confusión en que navegábamos necesitábamos un piso firme. A mí ese piso firme me lo brindó la Filosofía y el saber que las preguntas que yo tenía las habían hecho cientos de seres humanos desde el inicio de los tiempos. Por lo mismo, la dificultad que reconocí desde ese momento se convirtió en la solución: El maestro debe hacer que el conocimiento social de cualquier orden sea realmente útil a los estudiantes, de otra forma, no le servirá saber demasiado. Fue allí donde comprendí la complejidad de ser profesor, porque lograr ese momento de comunicación entre el conocimiento, lo que se in-

En medio de la confusión en que navegábamos necesitábamos un piso firme. A mí ese piso firme me lo brindó la Filosofía y el saber que las preguntas que yo tenía las habían hecho cientos de seres humanos desde el inicio de los tiempos

El ser maestra reside en creer en mí misma. Creer en el poder de mi palabra como la salida para configurar una nueva forma de percibir las relaciones humanas, como medio para lograr hacer del conocimiento una herramienta para la consolidación de una identidad auténtica, en la que los estudiantes puedan volver a creer y a crear.

terpreta a partir de él y cómo puede hacerse para que los demás lo entiendan y además lo consideren útil, implica el desarrollo de muchas capacidades. No es pararse al frente, con el tablero a las espaldas y hablar.

Bueno, yo ya sabía que quería transmitirle a las personas la validez del conocimiento construido a partir de la pregunta por lo humano, pero cómo. ¿Qué significa ser maestro? Me pregunté frente a las atropelladas experiencias de los que fueron mis maestros, porque desde allí pude percibir en algunos de sus rostros la agonía de la frustración. Esa imagen me produjo pánico y me prometí que por más lejana que estuviera de mis sueños con respecto a la docencia, no me rebatiría y seguiría tras la respuesta que tuviera la fórmula exacta del significado de ser docente.

Cuando entré a la universidad pensé que las clases de Pedagogía iban a brindarme esa respuesta pero fue un anhelo totalmente deshecho. Todo lo contrario, me atiborraron con más dudas y más preguntas. El profesor debe ser un científico social esa palabra científico, siempre me ha parecido tan dolorosa-. El profesor debe ser didáctico -¿Qué sentido tiene la didáctica cuando no existe un interés común?-. El profesor de Sociales debe saber Historia y Geografía. -De acuerdo, pero todo depende del sentido de ese saber, ¿o es lo mismo un geógrafo que un maestro de ciencias sociales? No son sólo las dificultades conceptuales las que debe afrontar

un estudiante que se convertirá en docente, existen también todas las cargas que el Estado nos arroja, el marco legal en el que debemos desenvolvemos, que de alguna forma nos obliga a asumir una correspondencia con las exigencias de un sistema en el que parece reinar la negación de nuestra esencia humana –que no sólo responde con una vinculación racional-, y en la cual, la invitación para transformarse en un producto que sirva además para el consumo, se realiza con una normalidad que sobrepasa el asombro; son cargas que se le han aplicado a la escuela. Así que si llegué a la universidad reconociendo algunas dificultades y pensando que allí hallaría la solución, al contrario, terminé con la certeza de que existían mayores dificultades y que todas ellas no describían la respuesta a mi interrogante: ¿Qué significa ser maestro?

La expectativa que tuve con las prácticas se vio revelada en el momento que subí la pendiente hacia el Lucero Alto, en el Centro Educativo Distrital donde debía desarrollarlas, porque desde allí comprendí que el enfrentamiento que tendría con los estudiantes no se generaría solamente en las aulas, sino que implicaría un enfrentamiento con su contexto. Fue en ese momento en el que la definición de la profesión se me hizo más inaccesible y, ni mencionar la infinidad de sensaciones y de pensamientos que me atravesaron en el momento de ejercer finalmente mi misión: Ser maestra. Allí, pese a lo que la profesora que nos recibió nos había dicho: -Ustedes aquí son *como* las maestras-, me sentí simplemente como una estudiante, una muchachita que llega a hablar de poder, autoridad y democracia a otros jóvenes. Tal vez fue ese "*como*" el que me hizo sentir algo que en realidad no era. No, al principio no fui la maestra, no me consideraba revestida de ninguna autoridad y aunque eso me trajo muchas dificultades, a la vez me mostró una serie de conveniencias que son las que finalmente han ido deshaciendo la confusión con respecto a la pregunta por la profesión docente y las que fueron logrando en mí la idea de que *yo podría llegar a ser una maestra*.



Lograr ese momento de comunicación entre el conocimiento, lo que se interpreta a partir de él y cómo puede hacerse para que los demás lo entiendan y además lo consideren útil, implica el desarrollo de muchas capacidades

Por una parte se encuentra el hecho de descubrir que al mantener una relación cercana con los estudiantes, ellos encuentran en uno una figura confiable, allí y quizás solamente allí, reside la posibilidad de superar la brecha que se tiene entre el conocimiento teórico y el conocimiento cotidiano. Y esa autoridad tan pregonada, se consigue –quizás- a partir de la posibilidad que les presentamos de ver todos los conceptos, las producciones teóricas en función de la vida real, la que tienen que practicar en un medio que abusa de sus expectativas de creación, que le roba las posibilidades de ser realmente auténticos, un medio que les ha enseñado que la fuerza –fundamentada en lo que sea, porque finalmente no interesa- es lo único que les garantiza que no serán aplastados por el peso de la miseria que les rodea impasible. Cuando ya muchos han abandonado la posibilidad de creer en sí mismos, el maestro debe presentarles la otra mirada, el reverso de todas las verdades immaculadas en las que la misma escuela los ha suscrito, el maestro es quien devela todos los "profundos análisis" que los intelectuales hacen allá, arriba, en su cúpula, -desde donde sólo pueden mirar pero jamás nada es devuelto a la realidad, a la comunidad-. Comprendí que somos como Hermes, llevando los mensajes del Olimpo a los "mortales" y que sólo en nuestros mensajes reside la posibilidad de superar esta condición.

Sin embargo, dicha consideración tuvo que atravesar por una gran contradicción. Y es que al parecer eso sólo lo creía yo y algunas de mis compañeras. Porque si hay algo que ha truncado la resolución de mi interrogante con respecto al profesor, ha sido el verificar qué tan distantes están algunos de los profesores de la noción que en mí se había empezado a cimentar. Es allí donde los rostros de la desidia y las miradas predicen como jueces el fracaso – que llevan ya en sus corazones- en sus propios estudiantes.

El maestro es quien devela todos los "profundos análisis" que los intelectuales hacen allá, arriba, en su cúpula

Esta realidad de mediocridad, de carencia de vocación, es el muro con el que más fuerte me he estrellado y lo que en verdad hizo que me replanteara la pregunta por el maestro. Cuando pensaba en las dificultades que tendría para ejercer mi cometido, siempre pensé que el peso estaría en los alumnos pero jamás consideré a los profesores mismos, seres que se han convertido en arcaicas máquinas de repetición y reproducción de un modelo alienante, al que han decidido pertenecer por la voz de un salario que en cambio de legitimar su condición "divina" -como lo refería anteriormente- los relega y los humilla, porque demuestra cómo han vendido la viabilidad de sembrar la semilla de la transformación, en la que muchos creyeron cuando fueron estudiantes. Creen ahora que esa condición de cambio sólo se considera en una edad rebelde y no como una necesidad, como una construcción que debe ser contestataria a las burlas que el poder "*predominante*" nos hace, como la contemplación más legítima que todos tenemos derecho a tener: a ser ciudadanos. Somos seres humanos y esa es la condición más igualitaria en la que se puede creer.

Fue un duro golpe. Pero sin duda me ayudó a delimitar lo que significará para mí la construcción de ser una maestra, porque no se trata de un concepto, de una noción o de una profesión en la que se trabaja con entes ajenos, como autómatas, sino que se labora para ayudar en la formación de seres humanos. He descubierto que la respuesta que tanto he buscado se encuentra en mí, en la confrontación que tengo con los muchachos en el colegio y es eso lo que haré el fundamento de mi vida. El ser maestra reside en creer en mí misma, en la opción que tomé hace ya 7 años. Creer en el poder de mi palabra como la salida para la configuración de una nueva forma de percibir las relaciones humanas más allá de la producción. Creer en el poder de mi palabra como la que pueda derrumbar toda esa imposibilidad de transgresión que como un virus invade el gremio más deslegitimado de la sociedad, como aquella que logre hacer del conocimiento una herramienta para la consolidación de una identidad auténtica, en la que los estudiantes puedan volver a creer y volver a crear.